

Esta publicidad que se daba á los escritos y hechos de San Francisco de Sales, no bastaba, no obstante, al corazón de la Madre de Chantal. A sus ojos el bienaventurado Obispo de Ginebra era un Santo digno no solamente de ser conocido, sino de ser colocado en los altares para ser venerado de los cristianos. Los milagros que se veían todos los días en su sepulcro le proclamaban Santo, y su corazón lo hacía en voz más alta. En el espacio de dieciocho años había penetrado bastante hasta lo más íntimo de esta hermosa alma, y no había sentimiento ni afecto alguno, aun el más íntimo, cuya sublime elevación no hubiese admirado ella mil veces. Este testimonio la convencía más que todos los otros. Por lo mismo, aún no se habían pasado tres años desde la muerte del bienaventurado, y ya había tomado la iniciativa de los pasos necesarios para su canonización. Habló primero largamente y varias veces sobre el asunto con el Ilustrísimo Sr. Juan Francisco de Sales, hermano del Santo, y sucesor suyo en el obispado de Ginebra. Escribió también á los principales Capitulares del Cabildo de Annecy, al Ayuntamiento y Síndicos de la ciudad, y aun al Duque de Saboya; y por sus instancias empezó la primera información en Annecy y el Chablais, que, llevada á Roma por el P. D. Justo Guérin, religioso Bernabita, muy piadoso y celoso admirador de San Francisco de Sales, fué examinada por la Congregación de Ritos, lo que hizo que en 1626, cuatro años después de la muerte del Santo, se nombrasen tres Comisarios apostólicos para que abriesen información acerca de las virtudes y milagros de San Francisco de Sales. Los Comisarios eran: el Ilmo. Sr. Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges; el Ilmo. Sr. Pedro Camus, Obispo de Belley, y el Sr. D. Jorge Ramus, Doctor y Canónigo de Lovaina. Se reunieron en el mismo Annecy en los locutorios de la Visitación, y recogieron durante todo el año de 1627 numerosas declaraciones jurídicas.

La más importante de todas fué, sin disputa, la de la Madre de Chantal. Principió el 27 de Julio, continuando hasta el 3 de Agosto sin interrupción ninguna más que la del domingo, y consagrándose á esta tarea tres horas por la mañana y tres por la tarde.

El proceso verbal de esta declaración principia así: «En el nombre de Dios. Amén.

»En el año 1627, indicción 10.^a, 27 de Julio, á las ocho de la mañana, día no feriado ni impedido por fiesta alguna, pero jurídico, el año IV del pontificado de N. S. P. el Papa Urbano VIII, en presencia de los Ilmos. y Rmos. Sres. Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges, y Juan Pedro Camús, Obispo de Belley, y del Rdo. Sr. Jorge Ramus, Protonotario apostólico, jueces todos tres delegados por la Sagrada Congregación de Ritos para formar, por autoridad apostólica, el proceso sobre la santidad de vida y milagros del siervo de Dios Francisco de Sales, Obispo de Ginebra; habiéndose sentado los dichos jueces en su tribunal, en el locutorio del monasterio de Annecy, que es el lugar que han escogido y señalado para recibir en él los juramentos y las declaraciones de las devotas religiosas del mismo monasterio de la Visitación... compareció Juana Francisca Fremiot, primera religiosa del Instituto de la Visitación, quien por causa de sus excelentes virtudes ha sido fundadora de diez monasterios del mismo Instituto... La cual, después de advertida por los jueces delegados de la enormidad del perjurio, ha prestado juramento en presencia de los dichos jueces, teniendo la mano sobre el pecho, de decir la verdad sin ningún motivo de odio, favor, provecho ni otra alguna consideración humana. Después ha sido examinada del modo siguiente:

»Preguntada por su nombre, país, profesión y edad, ha respondido:

»Me llamo Juana Francisca Fremiot, denominada comunmente de Chantal; soy natural de Dijón, capital

del ducado de Borgoña; tengo cincuenta y cinco años de edad; soy hija del Sr. Benigno Fremiot, segundo Presidente del Parlamento de Dijón, y de la señora Margarita de Berbisey, y soy primera religiosa y primera Madre Superiora de la Orden de la Visitación, y en este concepto, primera hija espiritual del bienaventurado Francisco de Sales, nuestro Fundador.

»Preguntada si se había confesado y comulgado por Pascua ó en otros tiempos, ha respondido:

»Me confieso dos veces á la semana ordinariamente. Nuestra regla manda que se comulgue todos los domingos, fiestas y el jueves; y por consejo y orden del dicho bienaventurado nuestro Fundador comulgo todos los días, y ahora mismo vengo de hacerlo.

»Preguntada si la impulsaba á declarar algún motivo humano:

»No me mueve á prestar esta declaración ningún interés particular, sino sólo el dar testimonio de la verdad y glorificar á Dios, que todos los días se hace admirable en sus Santos.

»Preguntada, en fin, si conoce la enormidad del perjurio:

»Sí, ciertamente, sé que el perjurio es un grandísimo y enorme pecado, y de ninguna manera quiero cometerle.»

Concluídos estos preliminares, se propusieron á la Madre de Chantal cincuenta y cinco preguntas, que comprendían toda la vida, virtudes, escritos y milagros de San Francisco de Sales. Empleó cuarenta y dos horas en responder á ellas, con aquel estilo claro, firme, conciso que la distinguía, y aquel conocimiento íntimo del corazón del Santo Obispo, que nadie poseyó nunca como ella. Estas declaraciones se han publicado últimamente (1), y han excitado un piadoso y verdadero entu-

(1) Esta publicación se debe al Sr. Abate de Baudry, cuya pérdida fué tan sensible.

siasmo entre las personas devotas, y en los jueces dignos de serlo en estos asuntos. «No—escribía recientemente uno de los últimos sucesores de San Francisco de Sales, el Ilmo. Sr. Rey, Obispo de Annecy,—jamás podré expresar el efecto que me ha hecho esta lectura encantadora, que inflama el corazón á medida que se recorren sus líneas. Los ojos se llenan á veces de dulces lágrimas, y el horno de amor que en ellas arde, semejante al sol, alumbra, calienta y fortifica al que contempla cara á cara á esta hermosa alma... Lo repetiré mil veces y diré la verdad: en las declaraciones de la santa Madre de Chantal es donde se encuentra escrita la verdadera vida de nuestro Santo (1).»

Concluída la primera información y enviada á Roma, se separaron los jueces en el momento mismo en que estalló la peste, de la cual hemos hablado en el capítulo precedente. Por esta causa estuvieron interrumpidas las informaciones tres ó cuatro años; pero en el de 1631, es decir, cuando se comenzó á esperar que cesaría el azote, la Madre de Chantal, que estaba impaciente por concluir una obra tan importante, escribió á los Comisarios rogándoles se reunieran lo más pronto posible; mas no pudieron verificarlo hasta el año 1632. El ilustrísimo Sr. Andrés Fremiot vino á Annecy casi moribundo, prefiriendo exponerse á muchos peligros antes que añadir con su enfermedad nuevas dificultades á un asunto que tanto le agradaba. Muchas personas de las más distinguidas, y entre ellas los Príncipes de Carignan, vinieron también, porque para seguir las informaciones era preciso abrir el sepulcro del Santo, con el fin de hacer constar la identidad de las reliquias. El 4 de Agosto de 1632, á las tres de la tarde, se dirigieron los jueces á la iglesia de la Visitación con este objeto. Las

(1) Carta del Ilmo. Sr. de Rey, al Sr. Abate de Beaudry, fecha 27 de Enero de 1837.

puertas de la iglesia estaban cerradas, pero sitiadas por un gentío inmenso, que se apretaba impaciente en el atrio, escalando las paredes y tratando de ver por las ventanas. No se permitió la entrada sino á un pequeño número de personajes, escogidos entre los más distinguidos. Las Hermanas, con la Madre de Chantal al frente, estaban de pie detrás de su reja, con los velos levantados y el corazón palpitante de emoción y de alegría.

El Sr. Ducrest, Notario apostólico, leyó primeramente en alta voz el rescripto de la Sagrada Congregación, de fecha 27 de Febrero de 1627, por el cual eran nombrados Comisarios apostólicos para hacer las informaciones acerca de la vida del siervo de Dios Francisco de Sales, el Ilmo. Sr. Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges; Pedro Camus, Obispo de Belley, y el Rdo. Jorge Ramus, doctor de Lovaina. Estos, acercándose entonces á la reja abierta, mandaron á las Hermanas en nombre de la Santa Sede, que dijese la verdad en todo lo que se les preguntase, y la Madre de Chantal lo juró solemnemente en nombre de todas sus Hijas.

La primera pregunta de los Comisarios apostólicos fué relativa al lugar en que había sido colocado el cuerpo del bienaventurado. La Santa respondió que el 10 de Junio de 1623 había sido colocado el santo cuerpo en el sepulcro que veían al lado de la Epístola; que estaba vestido con alba, estola y casulla de tafetán blanco, y en la cabeza una mitra del mismo color, en la cual se había prendido un papel, en el que estaba escrito el nombre del difunto, el día de su muerte y el de su colocación en aquel lugar. Habiéndose acercado los Comisarios al sepulcro para examinarlo, vieron una multitud de lámparas, brazos, cabezas, corazones de oro y plata, cuadros é inscripciones colgadas todas alrededor de él. Preguntada la Madre de Chantal acerca de aquellos objetos, respondió que eran dones hechos á la me-

moria del siervo de Dios por los peregrinos, que habían venido, no solamente de los alrededores, sino también de las provincias más lejanas de Francia y aun de Italia, y que habiendo sido curados por la intercesión del Santo, habían dejado en su capilla aquellos testimonios de su agradecimiento.

Entonces, á petición del Rdo. P. D. Justo Guerin, procurador de la causa, los jueces hicieron la enumeración, y habían contado ya en el santuario alrededor del sepulcro más de doscientos cincuenta votos de oro y de plata, cuando, mirando á la nave, la vieron guardada toda á lo largo y por todos lados de una inmensa multitud de hachones, pequeñas estatuas de mármol, pinturas, muletas y bastones, testimonio elocuente de los muchos enfermos que habían encontrado la salud en aquel santo sepulcro. Las mismas ciudades estaban allí representadas, y algunas había que se reconocían salvadas de la peste ó de la herejía por el gran siervo de Dios Francisco de Sales. ¿Qué más se podía desear? Todo el mundo estaba ansioso de contemplar por fin las facciones de aquel cuya santidad nadie ponía en duda. Se dió, no obstante, una mirada aún al sepulcro mismo, cuyos escalones estaban ya gastados por las rodillas y ósculos de los peregrinos, quienes habían raspado el mármol y quitado muchos pedacitos, ansiosos de llevarse estas partículas. Entonces se adelantaron los operarios, y habiendo quitado la piedra, que estaba sellada, se sacó el doble ataúd, poniéndole sobre la tarjima ó escalón del altar. El de madera estaba roto, pero el de plomo estaba muy bien cerrado. En cuanto se abrió, no se oyó más que un solo grito entre la gente: «Mirad, mirad al bienaventurado Francisco de Sales.» El era, en efecto; descansaba en su ataúd como sobre un lecho; intactos los vestidos, aunque algo amarillentos por la humedad del sitio; el cuerpo entero, sin corrupción ni lesión; el rostro perfectamente con-

servado, y sólo los ojos algo hundidos bajo los párpados; la barba y los cabellos, tan adheridos y firmes como los de un hombre vivo. Se le miraron las manos, y no le faltaban ni las uñas ni el cutis. La carne del brazo estaba flexible y tan manejable que podía extenderse. Sobre todo, el rostro parecía estar aún lleno de vida. Conservaba una expresión de paz y serenidad piadosa, que inspiraba devoción aun á los corazones más fríos. Un suave olor, semejante al que tantas veces había embalsamado el monasterio, salía de estos restos preciosos, y acabó de elevar á Dios todos los corazones.

Mientras que los felices testigos de esta escena se olvidaban de todo venerando aquellos preciosos restos, advertido el pueblo por el inefable perfume que exhalaban, golpeaba la puerta con violencia, daba grandes gritos, clamaba, y contenido en vano por los guardias del príncipe, quería entrar á la fuerza. Se oía gritar á la muchedumbre: «Moriremos ó veremos á nuestro Pastor.» Unos, trayendo escaleras, se ponían á mirar por las ventanas, y de repente se calmaban y juntaban piadosamente sus manos al ver al Santo. Otros, excitados con este espectáculo, daban de nuevo contra las puertas con tanta violencia, que al fin una de ellas fué sacada de sus goznes y echada al suelo. En un instante invadieron la iglesia, á pesar de los esfuerzos de los guardias y aun de los Obispos. Espectáculo por lo demás muy tierno el de toda esta gente, gritando de gozo al ver aquel sagrado cuerpo, que se mostraban unos á otros con el dedo, declarando que le reconocían muy bien, y haciendo que tocasen á él rosarios, Crucifijos, pañuelos y otros objetos. Llegó la noche en estas santas ocupaciones, y entonces el Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges hizo señal con la mano, y levantando la voz mandó al pueblo que saliese bajo pena de excomunión, siendo obedecido al instante.

Durante todo este tiempo, ¿qué hacía la santa Madre de Chantal? Estaba de rodillas junto á la reja, con los ojos fijos en el santo cuerpo, con un rostro tan encendido y un aspecto tan modesto, que no se podía conocer qué era lo que la sacaba de sí misma, si el amor ó la humildad; no veía á las Hermanas que estaban á su alrededor, no sentía que la apretaban por todas partes, y dejándolas pegarse á la reja para ver mejor, seguía inmóvil, y como sumida en una especie de éxtasis.

Por la tarde, á eso de las siete ó las ocho, cuando todo el gentío se retiró, volvió la Madre de Chantal con su comunidad, y pasó muchas horas en oración delante de aquellas santas reliquias. Entonces fué cuando hizo aquel célebre acto de obediencia, que fué recompensado con un grande milagro. Cuando el pueblo invadió la iglesia, los Comisarios apostólicos prohibieron bajo pena de excomunión el tocar al Santo cuerpo. La venerable Madre, tomando para sí una prohibición que no hablaba con ella, se abstuvo de besarle la mano. Pero al otro día, habiendo alcanzado permiso para ello, se acercó al bienaventurado, y al aproximar sus labios hacia la mano de San Francisco de Sales, éste extendió el brazo, y apretó dulcemente con su mano la cabeza de la Madre de Chantal, como si estuviera vivo. La santa Madre sintió distintamente, y las Hermanas que estaban presentes vieron claramente el movimiento milagroso de los dedos y la mano. Aún se guarda hoy como doble reliquia el velo que llevaba entonces la Santa (1).

Después que se redactaron y firmaron los procesos

(1) «La Madre Vosey y otras religiosas me han atestiguado—dice el P. Fichet—haber visto á la mano extenderse y apretar dulcemente la cabeza de la Madre de Chantal.» (*Vida de la Madre de Chantal*, por el P. Fichet.) Véanse también las declaraciones de la Hermana María Amadé de Sonnaz, de la Hermana María Francisca de Gruel, de la Hermana Carlota Lucía de Bertrand de Villarrousset, *sup.* art. XLVI.

verbales relativos á la apertura del sepulcro, se volvieron á colocar las sagradas reliquias en un ataúd de plomo, y éste en otro de roble. Se mudó el alba, la casulla y la mitra, y se colocó encima del pecho del bienaventurado una inscripción que le daba á conocer, por si desaparecían las inscripciones exteriores á causa de algún suceso imprevisto.

Después de esto, volvieron los Comisarios á oír á los testigos que deseaban prestar sus declaraciones acerca de la vida y virtudes del Santo Obispo; pero eran tantos los que se presentaban todos los días, que después de haber recibido declaración á cerca de trecientos, suspendieron las informaciones y se separaron, encargando al P. D. Justo Guerin que llevase á Roma todos los documentos.

La Madre de Chantal no vió el fin de este largo proceso. Veinte años hacía que había muerto, cuando el bienaventurado fué solemnemente propuesto al amor y veneración de los fieles. Pero antes de morir tuvo el consuelo de ver que el entusiasmo del pueblo se adelantó á la prudente circunspección de los Soberanos Pontífices, y llevó á la tumba la certeza de que su bienaventurado director sería elevado á los altares.

Muchos panegíricos del Santo se han publicado antes y después de su canonización, por los cuidados de la Madre de Chantal y de sus Hijas. Los oradores más ilustres, Bossuet, Bourdaloue, Flechier, han probado, cada uno por su parte, á pintar la encantadora figura del más amable de todos los Santos. «Pero hay uno—ha dicho en nuestros días un crítico eminente—que ha sabido hablar mejor que Bossuet de San Francisco de Sales, y que ha escrito su vida con expresiones más vivas y penetrantes; éste es la señora de Chantal, hija espiritual del Santo Obispo, y abuela de la señora de Sevigné. Los que se han permitido alguna insulsa y fría burla acerca de las relaciones del Santo Obispo con esta

mujer fuerte y virtuosa, no habían leído (quiero creerlo) este documento, que es la carta ciento veintiuna de la señora de Chantal. Nunca se ha hecho mejor el retrato de un alma, ni se han sensibilizado más exactamente cosas que parecen inexplicables. Luz, suavidad, limpieza, vigor, discernimiento y celestial destreza, orden y arreglo de las virtudes en esta alma; todo, en fin, se representa y pinta en ella con un rasgo firme y distintivo. Páginas semejantes no entran en la literatura, y no pueden ni aun someterse á la admiración misma (1).

(1) M. Sainte Beuve. *Conversaciones del lunes*. San Francisco de Sales.

